Nota sobre una fijación infantil de Lorca: los muslos

Todos los poetas del mundo han cantado alguna vez la maravilla del cuerpo humano. Los senos, el cuello, la cintura, las manos, la boca, el cabello, la cadera, son algunas de las partes del cuerpo que los poetas han llevado a sus versos para elogiarlos, con toda clase de metáforas, siguiendo una vieja tradición en la que son hitos importantes la poesía arábigo-andaluza y la lírica del Siglo de Oro.

En su gran libro *Sombra del Paraíso*, Vicente Aleixandre ha cantado el cuerpo desnudo en poemas tan hermosos como «Desnudo» y «A una muchacha desnuda». En el primero de esos poemas, el poeta canta el cuello, la mejilla, los senos, los pies, el talle, la boca. El cuerpo desnudo, como prodigio de belleza, es el protagonista de *Sombra del paraíso*. Sin embargo, el tono exaltado con que Aleixandre canta el cuerpo de la amada —en poemas como «Plenitud del amor»— desaparece en otro de sus libros, *En un vasto dominio*, donde también canta a la materia humana del cuerpo, pero ya no exaltadamente sino con cierto distanciamiento analítico, pues ahora se trata mas bien de describir con detalle cada órgano y su función [1]. Y así, en la primera parte del libro titulada «Primera incorporación», hay poemas sobre el vientre, el brazo, el pie, la pierna, el sexo, la cabeza, el ojo, la oreja, la boca, etc. En el poema final de la serie, titulado «Estar del cuerpo», el poeta expresa así su admiración por el prodigio del cuerpo: «Pero quien toca (el cuerpo) sabe/ que toca un cielo...», lo que nos recuerda otra famosa frase de otro poeta (¿Whitman?): «Es tocar el cielo la piel del ser que amamos».

En la poesía de Aleixandre son el seno y la boca los elementos más veces cantados, aunque no falten los poemas al pie («El pie en la arena», de *Sombra del paraíso*, que parece revelar cierto fetichismo) y al cabello femenino («Cabellera negra», «Cabeza en el recuerdo»). En la admiración del cuerpo humano, cada poeta tiene su parcela preferida, que es la más veces evocada en sus poemas. Esa preferencia, que puede incluso terminar en fetichismo, ¿no podría ser acaso resultado de una fijación infantil, del descubrimiento, en la infancia, del escorzo desnudo del cuerpo que por azar el niño descubre asombrado y que no olvidará jamás, quedando grabado siempre en su memoria erótica? Releyendo una y otra vez la poesía de Lorca, siempre he pensado que la frecuencia con que habla en ella de los muslos, tanto de los masculinos como de los femeninos, puede ser resultado de una de esas fijaciones infantiles que los psicoanalistas y los erotómanos conocen sin duda. ¿Contemplaría Federico, siendo niño en la vega granadina, unos muslos desnudos que le sorprendieron y se quedaron grabados en su memoria? ¿O quizá fueron sus propios muslos demasiado juntos, causa de lo que él llama en una ocasión, «sus torpes andares»? [2] En un poema de *Poe-*

[1] *Hasta el punto de que el poeta me pidió que le buscara un manual de historia natural para que le ayudara a la descripción de miembros del cuerpo.*

[2] *En el poema «Madrid de verano», al que luego he de referirme.*

ta en Nueva York, «Infancia y muerte», publicado por primera vez por Rafael Martínez Nadal en el primer volumen de sus *Autógrafos* de Lorca, el poeta, evocando su infancia, nos dice:

> Niño vencido en el colegio y en el vals de la rosa herida,
> asombrado con el alba oscura del vello sobre los muslos...

Por otra parte conocemos muy bien otra fijación infantil, que el propio Federico recuerda en sus comentarios al *Romancero gitano*.[3] Es la del personaje del Amargo, al que evoca como «una fuerza andaluza, centauro de muerte y de odio», recordando la primera vez que oyó su nombre: «Teniendo yo ocho años y mientras jugaba en mi casa de Fuente Vaqueros, se asomó a la ventana un muchacho que a mí me pareció un gigante y que me miró con un desprecio y un odio que nunca olvidaré y escupió dentro al retirarse. A lo lejos, una voz le llamó: ¡Amargo, ven! Desde entonces, el Amargo fue creciendo en mí hasta que pude descifrar por qué me miró de aquella manera, ángel de la muerte y la desesperanza que guarda las puertas de Andalucía. Esta figura es una obsesión en mi obra poética. Ahora ya no sé si la vi o se me apareció, si me lo imaginé o ha estado a punto de ahogarme con sus manos...» Todo lector de Lorca sabe que el Amargo sale varias veces en su poesía. Primero en el «Diálogo del Amargo», al final del *Poema del Cante Jondo*, después en el *Romancero gitano* —es el protagonista del romance «El emplazado»—, finalmente en su tragedia *Bodas de sangre*, «en que se llora también, no sé por qué, a esta figura enigmática»[4].

La primera vez que encontramos la palabra muslos en la poesía lorquiana es en el poema «Elegía», fechado en Granada en diciembre de 1918, y perteneciente al *Libro de poemas*. Con algún eco de Salvador Rueda, a quien Lorca leyó muy pronto, esta «Elegía» es un canto a la mujer andaluza, concretamente granadina, ávida de deseos, pero reprimidos todos ellos por la circunstancia provinciana y familiar. He aquí su comienzo:

> Como un incensario lleno de deseos,
> pasas en la tarde luminosa y clara
> con la carne oscura de nardo marchito
> y el sexo potente sobre tu mirada.

Pero la «mártir andaluza», como la llama en otro verso, no será fecundada ni amada:

> Te marchitarás como la magnolia.
> Nadie besará tus *muslos* de brasa.

Muslos de fuego que arden de deseos, pero que permanecen vírgenes, intocados.

Al mismo *Libro de poemas* pertenece «Madrigal de verano», fechado en Vega de Zujaira en agosto de 1920. Otro poema de elementos eróticos, dirigido a «Estrella la gitana», que entregó al poeta «tu sexo de azucena/ y el rumor de tus senos». El autor se extraña en el poema de que la ardiente gitana se entregará a un hombre triste, «de torpes andares»:

> ¿Cómo a mí te entregaste, luz morena?
> ¿Por qué me diste llenos
> De amor tu sexo de azucena
> y el rumor de tus senos?
>
> ¿No fue por mi figura entristecida?
> (¡Oh mis torpes andares!)
> ¿Te dio lástima acaso de mi vida,
> marchita de cantares?

[3] *Se publicaron por primera vez estos comentarios – que acompañaron a una conferencia de Lorca dada en Valladolid en 1926– en la «Revista de Occidente», núm. 77, agosto de 1969.*

[4] *Declaración del propio Lorca en sus «Comentarios al* Romancero gitano*». Revista de Occidente, n.º 77, agosto de 1969.*

¿Cómo no has preferido a mis lamentos
los *muslos* sudorosos
de un San Cristóbal campesino, lentos
en el amor y hermosos?

Esos muslos hermosos de San Cristóbal campesino nos recuerdan los que canta Lorca en su «Oda a Walt Whitman»:

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus *muslos* de Apolo virginal.

Por cierto que el erotismo que proyecta Lorca sobre San Cristóbal nos recuerda que en el romance «Preciosa y el aire», el viento que se convierte en sátiro persiguiendo a Preciosa, es llamado por el poeta San Cristóbal:

San Cristóbal desnudo,
lleno de lenguas celestes,
mira a la niña tocando
una dulce gaita ausente.

Los símbolos fálicos aparecen en el romance:

El viento-hombrón la persigue
con una espada caliente.

La sensualidad de su adolescencia en la vega granadina se refleja en no pocos versos del *Libro de poemas*. En el poema «Prólogo», fechado también en Vega de Zujaira, en julio de 1920, aparece una Margarita morena que le envía su amigo Satanás (una referencia un tanto burlona al diablo, en contraste con lo aburrido del cielo divino), «para que yo desgarre/ sus *muslos* limpios.../ sobre un fondo de viejos olivos». Todo el poema es un canto a la sensualidad y al paganismo y un reproche al Dios cristiano, con su cielo aburrido y su silencio ante el dolor del hombre.

En uno de los libros más bellos de la etapa inicial de Lorca, *Canciones*, que le publican en 1927 sus amigos Prados y Altolaguirre en la colección de la revista malagueña «Litoral», no faltan tampoco las menciones de los muslos, como en la estupenda canción «Lucía Martínez»:

Lucía Martínez.
Umbría de seda roja.

Tus *muslos* como la tarde
van de la luz a la sombra.
Los azabaches recónditos
oscurecen tus magnolias.

El movimiento de los muslos va paralelo al de la tarde con luz y sombra, y la metáfora del sexo oscuro —azabaches— contrasta con la blancura y el aroma de los muslos —magnolias—. Más tarde Lorca volvería a utilizar el azabache, por su color oscuro, como metáfora de la piel de Soledad Montoya, la protagonista del «Romance de la pena negra», a la que ha abandonado su amante. La *Pena negra* ennegrece su cuerpo y su ropa, y Soledad recuerda la blancura de sus muslos, ahora ennegrecidos por la pena:

¡Qué pena! Me estoy poniendo
de azabache carne y ropa.
¡Ay mis camisas de hilo!
¡Ay mis *muslos* de amapola!

En otra bella canción, «Serenata» —incluida en *Amor de don Perlimplín*— el poeta evoca a la protagonista, Lolita (quizá la misma Lola que aparece en dos poemas del *Poema del cante jondo*, «Balcón» y «La Lola»), lavando su cuerpo «con agua salobre y nardos». En la última estrofa se destaca la blancura de los muslos de Lolita:

La noche de anís y plata
relumbra por los tejados.
Plata de arroyos y espejos.
Anís de tus *muslos* blancos. [1]

En contraste con los muslos blanquísimos de Lolita, encontramos en el *Poema del cante jondo* los «muslos de cobre» de la Petenera, en el poema «Muerte de la Petenera». La protagonista —personificación de un cante jondo— ha muerto en la «casa blanca» —estamos en un pueblo andaluz—, y el poeta describe la escena del velatorio, mientras en la calle caracolean los caballos de los cien jinetes muertos, enamorados de la Petenera:

Bajo los estremecidos
estrellas de los velones
su falda de moaré tiembla
entre sus *muslos* de cobre.

Pero es quizá en el *Romancero gitano* donde más veces aparecen mencionados los muslos. La primera vez es en «Reyerta». El realismo de la violenta lucha de los gitanos a caballo, en que relucen las navajas, contrasta con el plano irreal de los «ángeles negros» (los gitanos mismos ya muertos) con «grandes alas», que acuden a curar las heridas de los jinetes con «pañuelos y agua de nieve». La tarde trágica está personificada, doliente por la muerte de uno de ellos, Juan Antonio el de Montilla:

La tarde loca de higueras
y de rumores calientes,
cae desmayada en los *muslos*
heridos de los jinetes.

No deja de ser significativo que Lorca, al designar la parte del cuerpo donde están situadas las heridas, escoja los muslos, y no otras zonas, como el pecho o el vientre. El fetichismo de los muslos vuelve a aparecer en una escena de gran sensualidad. La tarde personificada y caliente —loca de *higueras*, clara metáfora del sexo femenino— parece besar, en su desmayo erótico, los muslos de los jinetes.

En el romance quizá más famoso del libro, «La casada infiel», el único en el que no hay muerte, ni amenaza o presagio de muerte, romance de goce erótico feliz, no podían dejar de aparecer los muslos de la gitana enamorada. El gitano la desnuda rápidamente junto al río, y tras elogiar, acudiendo a ricas metáforas, la belleza y suavidad de su piel:

Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.

describe el poeta el acto del amor, contado por el protagonista:

Sus *muslos* se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.

[1] *El anís, que aparece no pocas veces en la poesía de Lorca, es siempre metáfora de blancura, por la flor blanca de la planta.*

La simbología sexual de los peces es ya conocida en la obra de Lorca. En el romance de «Thamar y Amnón», Amnón dice así a su hermana: «Thamar, en tus pechos altos/ hay dos peces que me llaman». [6] Sin embargo, el gitano de «La casada infiel» no parece poner pasión en el lance amoroso, sino goce puramente epidérmico. Lo que describe Lorca no es tanto el demorado acto amoroso como la movilidad de los cuerpos —los muslos de ella— y la rapidez con que el gitano quiere realizar al amor. Es sabido que este romance no era de los preferidos de Lorca, y que le molestaba que fuera el favorito de los recitadores. Le parecía, además, «el más primario, y el más halagador de sensualidades y lo menos andaluz» [7]. En contraste, uno de su favoritos —sin duda uno de los mejores era el «Romance de la pena negra» que ya cité antes, quizá el más desgarrado y dramático del libro. La protagonista, Soledad Montoya, es el símbolo de la Pena —con mayúscula— andaluza, «raíz del pueblo andaluz» y del cante jondo.

En fuerte contraste con ese «Romance de la pena negra», aparece otro nada dramático sino más bien divertido y lúdico: el romance de «San Miguel» en que el heroico arcángel es retratado por el poeta como una doncella, con «las enaguas cuajadas/ de espejito y entredoses», y como un «efebo de tres mil noches», que «lleno de encajes/ en la alcoba de su torre/ enseña sus bellos *muslos*/ ceñidos por los faroles». [8] La insistencia en la hermosura de los muslos —San Cristóbal, San Miguel, Walt Whitman— parece apoyar la tesis, quizá atrevida, del fetichismo del poeta al que antes he aludido.

Hay que recordar otro de los más bellos y desolados romances del libro: «Muerto de amor», también el más misterioso de todos. Nada sabemos de ese gitano que antes de morir pide a su madre que ponga telegramas azules para que se enteren los señores. Ni su nombre ni su figura. Sólo que murió por amor. En el entierro, las mujeres lloran: «Tristes mujeres del valle/ bajaban su sangre de hombre/ tranquila de flor cortada/ y amarga de *muslo* joven./ Varias mujeres del río/ lloraban al pie del monte». El muslo es escogido aquí como símbolo del cuerpo herido sin duda por una frustración amorosa.

Pero si el muslo suele tener en la poesía de Lorca una connotación sexual, hay un caso en que está en relación con la muerte. Es el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, la patética elegía a su gran amigo el torero sevillano, muerto por un toro en la plaza de Manzanares el 11 de agosto de 1934. En la primera parte del poema, «La cogida y la muerte», al evocar el poeta la lucha terrible del torero entre la vida y la muerte —la paloma y el leopardo— escribe Federico: «y un *muslo* con un asta desolada».

El cuerno —asta— homicida es personificada por el poeta, y se siente desolado por la muerte del torero.

También aparecen los muslos en el poema «Danza de la muerte», de *Poeta en Nueva York*. El mascarón baila «entre columnas de sangre y de números/ entre huracanes de oro y gemidos de obreros parados», acompañado de «los borrachos de plata,/ los hombres fríos/ los que crecen en el cruce de los *muslos* y llamas duras». La simbología sexual reaparece de nuevo, mezclada con un fuerte ataque al capitalismo, a «los borrachos de plata».

En el *Diván del Tamarit*, otro de los libros póstumos de Lorca, comenzado a escribir en 1913 y terminado en 1935, se citan una sola vez los muslos, en la «Gacela del mercado matu-

[6] *Más rotunda resalta esta simbología en la canción de Belisa, de* Amor de don Perlimplín: «*Amor, amor:/ Entre mis* muslos *cerrados/ nada como un pez el sol*».

[7] *Ver Federico García Lorca:* «*Comentarios al* Romancero gitano», *en* «*Revista de Occidente*», *n.º 77, agosto de 1969.*

[8] *Cuando fue por primera vez, hace ya años, a la ermita de San Miguel, cercana al Albaycín, me asombró com probar la semejanza entre la imagen del arcángel que guardaba la ermita y el retrato poético que Federico dibujó en su romance.*

tino». El poema termina, a modo de estribillo, con estos versos: «Por el arco de Elvira/ voy a verte pasar,/ para sentir tus muslos/ y ponerme a llorar». Versos finales que revelan de nuevo la frustración sexual que reaparece una y otra vez en toda la poesía de Lorca.

Para terminar esta nota sobre los muslos en la poesía lorquiana quiero recordar uno de los *Sonetos del amor oscuro*, el titulado «Soneto de la guirnalda de rosa»[9]. El tema es, como en todos ellos, el amor apasionado y desesperado, mezcla —como evocó Aleixandre en su semblanza del poeta— de felicidad y de tormento. Y como en todos ellos también, el poeta se dirige a su amante, clamando a veces por su amor, confesando otras su frustración, sus celos, su herida amorosa. En el «Soneto de la guirnalda de rosas», el poeta escribe a su amor:

> Goza el fresco paisaje de mi herida,
> quiebra juncos y arroyos delicados,
> bebe en *muslo* de miel sangre vertida.
>
> pero ¡pronto! Que unidos, enlazados,
> boca rota de amor, alma mordida,
> el tiempo nos encuentre destrozados...

Pocas veces el genio de Lorca ha encontrado palabras tan hermosas para expresar su pasión, como las de este prodigioso soneto, que está esperando, como el resto de la serie, una responsable y necesaria edición crítica.

José Luis Cano

[9] *Transcribo los versos que me interesan de la edición pirata granadina de 1983, pequeña joya sin nombre de autor ni de editor.*